

**PREGÓN EN HONOR A SAN NICOLÁS DE Tolentino
LA ALDEA DE SAN NICOLÁS 2006**

Pregonera Dña. María Dolores Rodríguez Jiménez



Nació en La Plaza, en el año 1946, debajo de las campanas. Hija de Tomás y de Mariquita, agricultores de profesión.

Sus estudios primarios los cursó en la escuela de Los Espinos, con su maestra María del Castillo Jiménez, conocida por Melita.

Realizó los estudios de bachiller en el Colegio Libre Adoptado Sagrado Corazón de Jesús, así como el primer curso de Magisterio. Luego se traslada a Las Palmas de Gran Canaria, para continuar con el segundo y tercer cursos, donde termina la carrera.

Una vez obtenida su diplomatura, cogió “El Vellillo” y empezó a recorrer la isla de Gran Canaria dando clase, con su primer destino en la escuela de Tasartico, y concluido ese primer año de docencia aprobó oposiciones.

Los dos cursos siguientes fue destinada a San Isidro de Gáldar y, posteriormente, dos cursos más a La Aldea. Pasó luego a Las Crucitas, en el sur de la isla, donde ejerció su docencia durante otros dos cursos.

En 1972 obtuvo destino definitivo en La Atalaya de Guía, donde permaneció en su labor educativa hasta el presente año, cuando alcanza la jubilación.

Actualmente se encuentra viviendo en Santa María de Guía, municipio que eligió por encontrarse cerca de La Aldea y de Las Palmas y que coincide ser la localidad de su marido, Carmelo.

Tiene cuatro hijos y una nieta, que son su orgullo.

Pero el mayor de los títulos que considera tener es ser aldeana y da gracias a su madre por haberla parido en La Aldea de San Nicolás.

La Aldea de San Nicolás a 02 de septiembre de 2006



PREGÓN DE LAS FIESTAS PATRONALES DE LA ALDEA DE SAN NICOLÁS

SEPTIEMBRE DE 2006

Mari Lola Rodríguez Jiménez

PREGÓN DE LAS FIESTAS. LA ALDEA 2006

*Tierra de mis añoranzas
solar de encuentros felices
bajo tu suelo descansan
mi familia, mis raíces*

Ilustrísimo Sr. Alcalde, concejales, concejales, aldeanas y aldeanos, visitantes, buenas noches.

En primer lugar, quiero agradecer tanto a la Corporación municipal como a la comisión de fiestas el invitarme a pronunciar el pregón de nuestra fiesta, LA FIESTA por antonomasia para todos los que nos sentimos aldeanos. Gracias de todo corazón: para mi es el mayor honor que haya recibido en mi vida.

* * *

A modo de preámbulo les diré dos cosas:

Primero: no esperen escuchar el resultado de ningún estudio o investigación, para ello tenemos a don Francisco Suárez Moreno, nuestro Siso, que dicho sea de paso, es un lujo tenerlo como paisano. A sus libros les remito para conocer la historia de nuestro pueblo.

Segundo: cuando terminó el magnífico pregón que nos ofrecieron el año pasado Lidia y José Pedro, pregón que considero como un documental, y entre amigos comentábamos que había estado genial, va Cindy y dice: “¡Pobre del que le toque para el año que viene! ¡Lo compadezco!”. Pues Cindy, me tocó y te puedo asegurar que cuando me lo comunicaron sentí que todo me daba vueltas y como a Esther Julia, la madre se me esconchabó y me aprisionó la garganta. ¡Madre mía, la que me había caído!

Me autotranquilité y me dije: *cada uno tiene sus vivencias y con ellas están escritas muchas páginas de la historia de los pueblos.*

* * *

Queridos amigos y amigas:

Esta noche intentaré rescatar de mi mente algunas de las vivencias de mi niñez, de mi adolescencia, de mi juventud... vivencias que fueron compartidas por todos los que fuimos niños en la década de los cincuenta del pasado siglo y que vivíamos en La Plaza o en los barrios más cercanos.

Y como estamos de pregón, les diré que el primer pregonero al que conocí fue Pepito Cañadulce, que con su cornetilla, con su tambor y seguido de toda la chiquillería, recorría las calles, anunciando la fiesta de los espectáculos que solían venir de pueblo en pueblo, sobre todo aquel de ¡Arturito... el gran Arturo y sus muchachas!

Hemos cambiado la corneta por el micro y la calle por el cine, pero la esencia es la misma: pregonar que la fiesta ha llegado, que nos olvidemos del quehacer diario y nos dispongamos a celebrarlas como siempre lo hemos hecho: con alegría, teniendo las puertas abiertas a todos los visitantes que nos quieran acompañar y a los que sólo les pondremos una condición: que respeten nuestras tradiciones.

* * *

La Fiesta, en aquella sociedad tradicional, marcaba el cambio estacional y el económico del pueblo y todavía lo hace en parte. La Fiesta canaria, en palabras de aquel gran psicólogo de Agaete, Manolo Alemán, es predominantemente emocional, sentimental y afectiva, es una vertiente de la cultura del pueblo, es mística y estética. Nos trae las más diversas sensaciones. Tiene sus olores y sus sabores. Y quién como yo, mi familia y vecinos que dormíamos, despertábamos, desayunábamos, almorzábamos...

en el mismo epicentro de la Fiesta, podemos tener esas sensaciones tan dentro del cuerpo y del alma.

Todos los que me conocen saben que nací en La Plaza, debajo de las campanas y al lado de la Alameda, que hoy todo el mundo conoce como Plaza Vieja. ¿Por qué no recuperar su antiguo y bonito nombre?

Mi infancia, como la de todas las niñas que fueron mis amigas de escuela y de juegos, transcurrió felizmente. Esto fue posible gracias a que los padres se partían el alma plantando tomateros, papas, millo, coles, rábanos, arbejas y un largo etc.

Los lunes, tempranito, las madres salían a lavar con sus bañeras llenas de ropa a la cabeza, bien a la acequia del Barranquillo, a la pasadera, a la pileta de Tomasita en Cabo Verde, y en épocas de sequía, a los charcos del barranco, donde pasaban el día enjabonando, tendiendo al sol, rociando y enjuagando, para volver por la tarde con la ropa seca oliendo a sol y a romero.

Y si las madres iban a lavar, a las hijas nos tocaba ir a buscar el agua. Los vecinos de La Plaza teníamos dos pilares, el de abajo junto al Barranquillo y el de arriba frente a la casa de Maestro Tomás, el padre de Emilita, y que luego se trasladó al lado de la casa de Manolo Suárez. Esa agua era para fregar, limpiar y para las flores. La de beber la íbamos a buscar a Los Cascajos, al molino de las del Cabo Ignacio, al de Sr. Pedro, al de Salvador o al de Camejo. Muchas veces llegábamos con los baldes y las tallas vacías, bien porque no hacía viento, o porque los pozos estaban achicados.

Todas las tardes la Alameda se llenaba de niños y niñas que íbamos a jugar. Los niños con los niños, las niñas con las niñas. ¿Nuestros juguetes? Una pelota de trapo hecha con medias de cordoncillo de las madres, la soga del pozo de mi padre, cinco piedras redonditas del barranco para jugar a la piedra en alto, la laja, los cartones recortados de las cajas de fósforos, las

chapas, el teje, alguna almendrilla de Artejévez o Linagua y para ya de contar, ¡igualitos que los de ahora! Nuestra imaginación ponía lo demás. Las jefas de nuestros juegos que ponían todas las reglas eran Laly la de Pepito Ojeda y Rosa Mari la de Tillito. También jugábamos al coro mientras cantábamos...

En La Alameda, un elemento primordial para nuestros juegos era el kiosko. Allí, colocadas cada una en una columna jugábamos al anillito, a pompa, a las pasadas, contábamos hasta veinte para jugar a virgo y finalizar diciendo: *“ya voy, el que no se ha escondío, tiempo y retiempe ha tenío.”* Cuando lo tiraron, ¡cuántas risas, juegos e ilusiones quedaron bajo sus escombros!

Entonces, la iglesia no tenía reloj, ni nosotras tampoco, por lo que las madres nos decían: “A la oración, a casa”. Y cuando D. Juan Quintero tocaba la campana grande, anunciando que era la hora del rosario, nos íbamos a casa o a la iglesia, y allí, en el coro, cantábamos con Antonio el de Juanita, que se acompañaba con el armonio haciendo más ameno el rezo.

A La Alameda llevábamos también nuestras meriendas: gofio con azúcar, algunas veces amasado con el aceite de freír el pescado. Eduvigis siempre llevaba un bocadillo de conserva y queso y allí cambiábamos mordida de pan por polvito de gofio. Las niñas de Félix, Cita y Ana Mary, llegaban con un cucurucho de papel vaso con las garepillas que hacía su padre y también con trocitos de hielo que pasábamos de boca en boca. Fueron nuestros primeros polos. Bien cierto es el refrán que dice: *Los pobres con agua hacemos caldo.*

¡Las campanas, mis queridas campanas! Su sonido era el único medio de comunicación del que disponíamos. Nos avisaban de que era el mediodía, pues a diario los monaguillos tocaban las doce campanadas, los dobles, al igual que ahora, anunciaban la muerte de un vecino o vecina,

catorce para los hombres y doce para las mujeres. Los repiques, anunciadores de la fiesta, eran diferentes de los que nos comunicaban los bautizos o la muerte de un niño. Cuando hacía falta la colaboración de los vecinos, porque por ejemplo hubiera un incendio, entonces tocaban “a rebato”, y era sólo la campana chica tocada con mucha rapidez la que convocaba pidiendo la colaboración de todos.

Los domingos íbamos a misa de once, bueno, Mary-Saro iba de madrugada, a las cinco. Dice que era porque cuando no le faltaba una cosa le faltaba otra y de madrugada se notaba menos.

Cuando salíamos de misa, allí estaban Joseíto el fotógrafo, con su esposa Carmen, para repartir las fotos del domingo anterior y para hacer las del día, también en La Alameda, bien en la papelera, apoyadas en las columnas del Kiosko, en el tronco de la palmera o paseando.

Esperando la salida de misa estaba María Pinillo, con su cesta de altramuces que vendía a perra la tacilla.

Delante de la casa de Jacintita estaba Sionita, madre de Rubén Díaz y Conchita la del correo, con sus barquetas de caña llenas de golosinas que hacían las delicias de todos. ¿Quién de esta época no se acuerda de las tirijalas? A más de uno se le quedó un diente pegado al intentar partirlas.

Los domingos por la tarde, el que tenía la suerte de tener dos pesetas, iba al cine de D. Juan Marrero, el cine viejo, donde expectantes esperábamos a que viniera la luz, y cuando a las cuatro se encendían los apliques de las paredes, en el cine resonaba un grito al unísono que decía: ¡La luuuuuuz!

¿Y en el descanso? Pues en el descanso salíamos a comprar los pirulines a Julita y a Casildo, las garrapiñadas a Sionita, las milhojas o los queques a Pedro el del carrillo y los helados en el carrillo de Martín.

En la década de los cincuenta los domingos por la tardecita había concierto en La Alameda amenizado por la orquesta Araujo, que tocaba en lo alto del Kiosko.

Quiero aprovechar para reconocer a Venturita como el gran sembrador de la música en La Aldea. Las semillas han germinado y como en el Evangelio, han dado el ciento por uno. Gracias Venturita por haber alegrado con su música en vivo mis años infantiles y mis primera verbenas, por haber enseñado la enrevesada escritura musical a los muchachos del pueblo que después de haber pasado el día amarrando y regando los tomateros, se arreglaban y se iban al cuartillo del Ayuntamiento a recibir sus clases y formar así nuestra querida y nunca olvidada Vieja Banda. La banda, que tiene hoy nuestro pueblo y de la que todos nos sentimos orgullosos, es la cosecha de su siembra, ¡gracias Venturita!

Y hablando de músicos, también quiero recordar a Miguelito León y a Juanito León Martín. ¿Y cómo me iba a olvidar de Isidro y Ofelio? Yo creo, que el timple para uno, y la guitarra para el otro, eran como apéndices de su cuerpo. Es imposible recordarlos sin que dichos instrumentos no estuvieran lanzando su música al aire.

La plaza se llenaba de gente que paseaba dándole vueltas al Kiosko y ésta era la forma en la que los jóvenes se conocían y se hacían novios.

En los veranos, todas las tardes se ponían los altavoces con música desde la casa de Isabelita, la madre de Rita. Las niñas hacíamos un alto en nuestros juegos para aprender a bailar.

Teníamos de maestra a Maruca la de Jacintita, que, con infinita paciencia, nos ponía nuestros pies sobre los de ella, y nos enseñaba el ritmo según la melodía. Pagó las consecuencias, pues hace un par de años tuvo que operarse de las rodillas.

Desde principios de diciembre, y a diario, empezaban los viajes calle arriba a casa de Encarnita la de D. Juan Márquez y a casa de Purita a ver “los reyes”, que era nuestra forma de llamar a los juguetes.

Antes nombré a Pedro el del Carrillo como vendedor de golosinas, pero también era nuestro bibliotecario, pues por una peseta nos alquilaba

los cuentos de hadas o los tebeos de Superman, Zipi y Zape o el Capitán Trueno.

En este negocio le hacía la competencia Leoncio, que tenía su puesto de venta delante de la sociedad. ¿Quién no recuerda a Rufo y a Blasinita? Ésta con su traje marrón y su pañuelo negro a la cabeza, siempre sentada a la entrada del local, mientras Leoncio repartía las revistas y periódicos.

Las niñas de La Plaza siempre recordaremos a Cionita *la Quintanilla*, que fue nuestra primera cuentacuentos, pues todas las noches de verano nos sentábamos con ella en la acera a escucharla, y bajo aquel cielo, *cielo con tantas estrellas*, nuestra imaginación volaba junto a los personajes de sus cuentos. También en La Plaza vivía Mariquita Salomé, que no dejaba acercar ni a un familiar por todos sus alrededores so pena de encontrarse con su caña que le servía de bastón para caminar.

En los veranos, los jueves por la tarde, Pepito del Pino nos reunía en su casa para cantar, y nuestros cantos se escuchaban por los altavoces instalados en las columnas del Kiosco. Los vecinos salían a escucharnos y luego nos felicitaban, y nosotros nos sentíamos importantes.

Cuando terminaba la zafra, las chicas iban a la costura. Yo recuerdo las de Cesa y Emilita en La Plaza, Luisita y Las Suárez en la Placeta y la de Juanita la del Celador Chico en El Barrio.

Desde principios de junio empezábamos a preparar la hoguera, que encenderíamos por debajo de la iglesia. Todos los días nos íbamos al barranco en busca de aulagas y de tomateros secos. ¡Qué alegría cuando al toque de oración, allá a “la prima” se le prendía fuego! Las llamas alcanzaban la altura de la iglesia. Aún recuerdo como la saltaba el Besugo. Asábamos la piñas, papas y batatas “espichás” en una verguilla.

Las chicas jóvenes echaban los papelillos con los nombres de los novios o daban vueltas alrededor con la esperanza de que por esa noche mágica se le cumplieran sus más recónditos deseos.

* * *

Este paisaje humano, la vida cotidiana que les he descrito del centro del pueblo, donde me crié, empezaba a cambiar según se acercaba la Fiesta. ¡Y cómo se transformaba! Hasta las caras de las gentes se transfiguraban por aquella tan deseada atmósfera de las vísperas de San Nicolás. Hay que ser de esta tierra para entender lo que es la fiesta para un aldeano o una aldeana. La boca se nos llena cuando la nombramos. Mis recuerdos de niña son un imborrable cliché de la misma.

Durante el mes de agosto ya se notaba un meneillo distinto al resto del año, era el poner la cara bonita a las casas, albeando los frontis, pintando, barnizando o dando gasoil a puertas y ventanas para que cuando San Nicolás saliera, todo estuviera a punto, aunque siempre había algún vecino que se le hacía tarde en estos quehaceres, como era el caso de Teresa la de Titita, que según me contaba, por estas fechas siempre recuerda la frase de su madre que le decía: “*¡Ay Teresa, que va a pasar San Nicolás y tú con la brocha en la mano!*”

Ya no se hablaba de otra cosa que de telas, hechuras y colores. Las tiendas de Isidrito, Encarnita, Micaela y Mariquita León hacían su particular zafra vendiendo los cortes de tela que luego se convertirían en los estrenos de la fiesta. Casi siempre nos hacían dos trajes, que, dicho sea de paso, eran los del año, uno lo estrenábamos el día del Pino y otro el día de San Nicolás.

Ya en septiembre, los días tenían un color especial, olía a fiesta. Siempre había un vientillo que hacía sonar las banderas que se colocaban en La Plaza y por todas las calles. Los altavoces de las tómbolas que repetían siempre la misma cantinela; de la cervecería de Paco Luis, en la esquina de la iglesia, llegaban hasta la puerta de mi casa aquellos olores de

la Tropical, de aceitunas y chochos, y aquel metálico y agudo sonido del golpe del martillo sobre las bombonas de la cerveza que se metía por todos los rincones de la casa; como también los estridentes sonidos de las casetas de los tiros. Más sosegado era el sonido del raspador de la ruleta del viejillo que tenía el mal de San Vito, y al que todos los días mientras almorzaba debajo del faldón de la ruleta oíamos que le preguntaba a su mujer: “*Susanita, mi niña, y mañana, ¿qué comemos?*”

Pero lo que más grabado se me ha quedado eran los fuegos. Todos los años creía que mi casa se iba a caer. Ponían unos bidones delante de la iglesia y allí, hacían explotar, me imagino que sería la pólvora, y no vean cómo temblaban los palos del techo, y a todas estas, yo escondida debajo de la cama esperando a que terminaran y deseando que amaneciera para ir a misa estrenando el vestido, que con tanta ilusión, mi madre, bendita sea, me había hecho.

¡Y las verbenas! Su música hasta altas horas arrullaba el sueño de todos los vecinos. No tuve problemas de jovencita para que me dejaran ir, pues casi se bailaba dentro de nuestras casas.

Recuerdo los carteles anunciadores de las mismas: *Gran Verbena, amenizada por la orquesta Araujo con su vocalista Paco Ruiz; el Ruiseñor del Norte* como lo llamaban artísticamente cuando cantaba por Las Palmas. También venían las orquestas de *Mejías, Hispania o Iberia*. Luego llegó de *América el Cantante Internacional Antonio Sosa*, que nos trajo el ritmo del merengue. También tocaban *Los Palmeños* o *La Copacabana* de Tenerife con la que empezaron las verbenas de amanecida. Después nos amenizaron los conjuntos modernos locales como *Los Grajos* y *Los Volcanes*.

De la Rama recuerdo que mi hermana, Argelia, y yo, siempre íbamos con mis hermanos que tocaban en la banda. Nos colocábamos entre Venturita y los guardias que delante protegían a los músicos.

El día de San Nicolás íbamos a misa con nuestros trajes y zagalejos almidonados, con pamelas de ganchillo hechas por las manos incansables de las madres, luego a la procesión y por la tarde al paseo con CONCIERTO en la Alameda.

En cuanto al día del Charco, no he podido resistir la tentación de transcribir el relato que en una carta hace Grau Bassas de dicha fiesta allá por el año 1887.

“... No puede usted imaginarse nada más original... las mujeres bailan y cantan, corren y luchan y los alegres alaridos no cesan hasta las tres de la tarde en la que el alcalde da la voz de ¡al charco! Entonces todos se precipitan con cestas, guelderas, pedazos de red y no se preocupan de otra cosa que de recoger abundante pesca...”

Continúa la narración diciendo:

“...Y este jaleo sigue en aquellos organismos de bronce, hasta que la noche no permite ver mas y se retiran a sus casas cantando y sonando guitarras, corriendo y gritando como locos. ¿Cree usted que a descansar? No señor, a freír el producto de su pesca y a continuar el baile y el jaleo; esta gente tiene algo de demonio por lo incansable. Yo salí loco.”

¡Qué buena descripción hizo Grau Bassas de nuestro Charco y de nuestros antepasados!

Creo que todos los aldeanos nos sentimos retratados en este escrito.

Después del Charco, el día 12, que muchos no lo trabajaban, se hacían las carreras de cintas y juegos infantiles. Era el Día de los Haraganes.

* * *

Cuando acababa la Fiesta, la Plaza se quedaba sola y sus vecinos en un estado algo raro. Comenzaban los trabajos en los semilleros y luego el de los plantíos de los tomateros. Los más jóvenes teníamos la obligación

escolar. Mi etapa en la escuela primaria la pasé con doña M^a del Carmen del Castillo, más conocida por Melita. Por la tarde iba a la “escuela paga” de don Federico donde conocí las andanzas de Don Quijote y Sancho, pues el libro de lectura era El Quijote. En las clases le ayudaba su mujer, doña Carmen, de la que siempre nos llamó la atención su particular forma de llamar “sais” al número seis.

También estaban las escuelas de Amadito, Mencita, Maestro Gregorio y la de mi hermana Cilita, donde a mí se me despertó mi vocación de maestra, carrera que estudié gracias en primer lugar a la feliz idea del señor alcalde don Manuel Suárez Rodríguez, más conocido como Don Alfonso Suárez, de poner un centro de segunda enseñanza, idea que encontró eco en un grupo de profesores del pueblo y que hizo posible que niños y niñas como yo pudiéramos acceder a una enseñanza superior. Por eso, hoy, desde este lugar en el que me encuentro, con todo cariño y con todo mi corazón les digo:

¡Gracias, don Alfonso, querido padrino!

¡Gracias, Carmita!

¡Gracias, don Federico!

¡Gracias, Srta. Maruca!

¡Gracias, don Juan Sosa!

¡Gracias, don Paco!

¿No tendremos una deuda con algunos de ellos?

Y como no podía ser de otra forma, quiero dar las gracias a mis padres, que supieron ver un buen futuro en la cultura, así como a mis hermanos mayores, por todo el apoyo que me brindaron en aquellos años tan difíciles.

De todos sólo quedan Tomás y Colás. ¡Gracias hermanos!

* * *

Queridos vecinos y vecinas, la Fiesta que hoy tengo el honor de pregonar, también en palabras de Manolo Alemán, rompe el aislacionismo y abre las compuertas a la dimensión comunal. En ese estadio de valores los vecinos pasan lista de los que no están o no han podido venir. El pueblo entero se hace encuentro comunitario en las calles, con una circulación múltiple de expresiones, como por ejemplo: *¿Ya pa' la Fiesta? o ¡Déjalo pa' "pasao" estos días!* Todo son saludos, abrazos, intercambio de amistades, y rememoraciones de vivencias.

En esos recuerdos de nuestro entorno les diré que nunca podré olvidar aquel año de 1954, donde después de una semana de lluvias, los barrancos arrasaron con fincas, animales y con todo lo que encontraron a su paso. El barranco de Tocodomán llegó hasta la casa de Finita, la madre de Luz, en la Placeta y el Barranquillo de La Plaza, inundó todas las casas que están entre él y la iglesia. Aún creo ver con las escobas echando fuera el agua a Irenita, la madre de Ricardo, a Amadita, a Las Ramos, tías de Tomás el de Pepe Ramos, a Bernarda y a Ana la hermana de Melao.

La década de los años cincuenta del pasado siglo la recuerdo como una época de carencias y estrecheces. Mis padres, como la mayoría de las familias del pueblo, plantaban tomateros, trabajaban toda la zafra, y cuando se terminaba, siempre oía decir lo mismo: “Solamente quedó para pagar los guanos y para la planta del año que viene”. Y gracias a que, poco después, entre principios y mediados de la década de los años sesenta, los agricultores, a través de las cooperativas, que crearon con grandes dificultades, lograron desvincularse de las empresas de los cosecheros exportadores, con lo que las economías familiares empezaron a encontrar los deseados saldos positivos al final de cada zafra.

Las cosas andaban muy mal. Gracias a la tiendilla “todo terreno” que tenían mis padres y por la que a diario pasaban muchos vecinos a echarse un “pizco”, acompañado con los garbanzos tostados que hacía mi madre, o

con las papas “emperejilás”, tiendilla que en aquella época alivió la miseria de muchos vecinos que venían a comprar con la libretilla y que luego pagaban poco a poco a medio duro o a tostón.

* * *

¡La Fiesta! ¡Qué poder evocador tienen estas dos palabras! Siempre que las oigo unas vibraciones recorren y hacen temblar mi cuerpo y a mi mente acuden en cascada los recuerdos de las fiestas disfrutadas con familiares y amigos. Muchos seguimos fieles a la cita anual, otros ya no están, seguro que cada uno de ustedes sienten esas ausencias de una forma especial cuando llegan estos días.

Permítanme nombrar a algunas personas de mi entorno que vivieron y participaron en las fiestas como nadie y que ahora ya no están. Mi hermano Alfonso, de cuya mano empecé a participar en La Rama, mi hermana Cilita, que era la fiesta personificada y con la que entré en el Charco por primera vez, mi cuñada Argelia, compañera siempre en La Rama, en la Romería, y en la pesca de la lisa, y, por último, mi amiga y amiga de la mayoría de las personas que esta noche llenan esta sala, cuya alegría inundaba todas nuestras reuniones: habrán adivinado que me refiero a Zoraida. Con ella y con Ana Rosa la de Amadita, las penas, si las habían, eran menos. Podría seguir nombrando como a Manocal o a Mateo siempre con su papagüevo a cuestras en la Rama.

Permítanme, pues, dedicar este pregón a estas personas y a todos los que de una forma destacada participaron en las fiestas y que ya no están.

¡Va por ellos!

* * *

El pregón se acaba y no quiero concluirlo sin recordarles que en nuestro escudo tenemos una frase que dice: *Omnes labore uniti*, “Todos unidos por el trabajo”. Ya conocemos el dicho, *la unión hace la fuerza*. Así es como tenemos que estar los aldeanos ante cualquier problema

colectivo que surja en nuestro pueblo. Echemos la vista atrás y aprendamos de nuestros antepasados. Juntos podremos conseguir lo que nos propongamos y saben a qué me refiero.

También quiero dedicar un recuerdo a nuestros hermanos de Almonacid de la Sierra a los que imagino preparando las fiestas de nuestro patrono común, San Nicolás de Tolentino.

Y como es obligatorio que los pregones sean cortos y las fiestas largas, les sugiero que consulten el programa, se echen la camisa por fuera y salgan a divertirse. Hay un rico repertorio de actos en los que tendrán cabida niños, jóvenes y mayores.

Preparémonos para el día nueve sacar los papagüevos, levantar las ramas y nuestros brazos al cielo y bailar al son de la música. El día diez acompañaremos a San Nicolás en la misa, en la procesión, y comeremos sus panecillos por la mañana, y por la tarde nos vestiremos de romeros y le ofreceremos los productos de nuestra tierra.

Y el día once, ¡todos al Charco!, a bailar por la mañana en el muelle, echarnos un pizco, comer y cantar con familiares y amigos por el mediodía; preparar las cestas y las zarandas para, a las cinco de la tarde, al estallar el volador, darnos el baño ritual en el Charco y comenzar a pescar las lisas.

Pues eso, que a divertirse toca. Vivamos la fiesta con alegría y respeto, que los forasteros que nos visitan sean bienvenidos, porque la fiesta es acogida, la fiesta es encontrar al amigo que no vemos desde el pasado año, la fiesta es cantar las canciones de la tierra, la fiesta es estar juntos, la fiesta es acompañar a nuestros mayores.

Aldeanas y aldeanos, la fiesta es... **LA FIESTA.**

¡VIVA LA FIESTA!

¡VIVA SAN NICOLÁS BENDITO!

¡VIVA LA ALDEA!